

excepciones, no han recibido la enseñanza clásica. ¿Cómo no ver en ello una relación de causa a efecto? Pero, por razones fáciles de adivinar, es imposible hacer pesar en la discusión los hechos concretos en que cada uno piensa, y precisa recurrir a argumentos de orden general, invocando la inaptitud para escribir correctamente, la incomprensión de las ideas generales, la ausencia de juicio y de tacto, la incapacidad de discutir las causas de error de una experiencia, en una palabra, las diversas manifestaciones de una formación intelectual insuficiente.

A fin de hacerme comprender mejor, citaré una observación personal, bastante vieja, por dicha, para que las personas en causa no se sientan aludidas. Almorzaban en mi casa un día dos jóvenes que salían de escuelas técnicas diversas, ambos en vísperas de buscar colocación en la industria. El uno dice: Yo me voy a Alemania a trabajar de obrero en una fábrica, para aprender la práctica de mi oficio y perfeccionarme a la vez en una lengua extranjera.—El segundo replica: ¡Cómo! ¿Irse a trabajar así? Nunca hubiera pensado que un Politécnico se rebajara a tal grado.—¡Y este segundo era hijo de artesano y habría debido mostrar algún respeto hacia el trabajo de su padre y pensar en los gastos de los estudios hechos a fuerza de jornales! ¡Pero él no había tenido ocasión de oír contar que Cincinato no se había creído deshonrado con tirar del arado al regreso de sus victorias!—El primero de estos jóvenes ha hecho luego una carrera brillante. El segundo ha vegetado, cambiando de colocación cada año, descontento de la vida y del prójimo, sin que los jefes de industria que lo han empleado hayan deseado conservarlo. Sus parecidos constituyen hoy una legión.

Con los progresos sorprendentes de la industria, con la máquina de vapor, el telégrafo, los automóviles, no es ya posible, dice Lallemand<sup>1</sup>, «continuar, como antes, acumulando cultura pura-

mente literaria con cultura científica moderna». ¡Qué confusión, Señor! Los descubrimientos industriales podrán complicar la enseñanza profesional, pero no tienen nada que ver con la cultura intelectual. Hace millares de años que el espíritu del hombre no cambia, sus facultades son las mismas, y semejantes deben permanecer los métodos de cultura. La locomotora no se ha convertido en órgano del cerebro, que sigue lo mismo que en tiempo de Sócrates. No confundamos dominios absolutamente diferentes. Euclides razonaba como podemos pedir que razonen nuestros jóvenes geómetras, y Aristóteles observaba mejor que muchos médicos modernos. Nuestros hijos tendrán que aplicar la inteligencia a objetos materiales diversos de los de sus padres, a productos industriales complicados, pero nunca más complicados que los animales y vegetales utilizados por el hombre desde los tiempos más remotos. Ello no cambia absolutamente nada en lo tocante a la formación intelectual que debemos procurar darles. No confundamos cultura intelectual y aprendizaje profesional. Felizmente, los industriales y los sabios parecen estar ya de acuerdo para luchar contra semejante herejía.

El desorden y falta de propiedad en la expresión de las ideas, podía parecer a algunos muy artístico; pero aun cuando lo fuera, antes que hacer arte, precisa vivir y obrar. Ahora bien, la claridad es poderosa palanca de acción para el que el escribe y economía de tiempo para el que lee. LA CLARIDAD ES UNA CUALIDAD DE PRIMER ORDEN PARA LA VIDA PRÁCTICA.

El buen arreglo de una composición de física o de química y la lucidez de exposición, indican mejor la posesión del método científico que la reproducción de memoria de datos o de fórmulas,—frecuentemente—más en su lugar en los diccionarios que en la mente de los estudiantes.

II. Tomamos ahora algo de un discurso pronunciado por el doctor en medicina LEÓN LABBÉ, en el Senado francés:

<sup>1</sup> Discípulo de Gustavo Le Bon.